

JAIME GUZMAN

## ¿Volver al "Chile de antes"?



En estos días, voces muy disímiles armonizan en un extraño concierto. La melodía aboga por retornar al "Chile de antes". Con ello, se alude a la realidad política y económico-social que predominara en las últimas décadas previas a 1970.

Se trata, según sus panegiristas, de una época casi idílica, en que una democracia ejemplar permitía una convivencia amigable entre los chilenos, donde el conflicto social se encauzaba pacíficamente y las discrepancias se zanjaban en un respetuoso consenso básico.

Su correspondiente realidad socio-económica es pintada como un progreso caracterizado por su acento social, que incorporaba progresivamente a nuevos sectores nacionales a un mayor bienestar.

El riesgo de que los rigores de la crisis que hoy vivimos pueda favorecer la credibilidad de una falacia semejante, hace indispensable desmitificarla.

La verdad es que, durante las últimas décadas previas a 1970, nuestra democracia se desvirtuó crecientemente. Nuestra vida pública fue dominada por una demagogia politiquera que acarrió un descrédito generalizado de la política y de los partidos, cuya actividad era mirada, salvo honrosas excepciones, como un medio de procurarse beneficios de grupo más que de servir al país.

Lejos de esa convivencia armoniosa que pretende evocarse, el razonamiento serio y respetuoso fue sustituido, cada vez más, por las consignas panfletarias y las descalificaciones personales. Una prensa amarilla que alcanzó la máxima degradación ética imaginable, trasuntaba el nivel a que había caído nuestra vida cívica. Y a esa violencia moral, que incluía el sistemático y envenenado estímulo del odio de clases, se sumó luego la violencia física de los primeros brotes terroristas, surgidos y amparados entre 1967 y 1970.

A su vez, el cuadro económico-social

de esas décadas tampoco merece nostalgias elogiosas.

Una economía cerrada y proteccionista, propia del estatismo socializante que prevaleció en la mayor parte de dicho periodo, se tradujo en que Chile alcanzara niveles muy bajos de crecimiento, *en una época de extraordinario auge —y no de crisis como ahora— en el desarrollo económico mundial.*

Y el supuesto sentido social que se invoca fue generalmente el disfraz retórico para el beneficio de los grupos empresariales y sindicales más poderosos, en injusto desmedro de los estratos más pobres y con menor fuerza de presión.

No pretendo, ciertamente, desconocer que en ese periodo hubo iniciativas loables y fructíferas. Menos aún, ignorar el elevado patriotismo con que muchos hombres públicos sirvieron al país. Pero por algo el más señero de ellos, don Jorge Alessandri, fue un implacable crítico de la realidad prevaleciente y un certero profeta del derrumbe democrático a que ella nos conduciría, como efectivamente sucedió entre 1970 y 1973. Y sólo la profunda erosión de nuestro edificio político y económico-social explica —además— que éste pudiera destruirse en menos de tres años.

En el gobierno actual ha habido errores y vacíos. Pero creo que la presente crisis no se superará retornando al pasado, sino rescatando y proyectando, con sentido de futuro, *la obra creadora del último decenio, debidamente rectificadas y enriquecidas.* Sólo por las líneas gruesas de la nueva institucionalidad política y de las modernizaciones socio-económicas emprendidas a partir de 1973 —y no por el camino de un regreso al pasado— Chile podrá incorporarse a los horizontes que ofrece el mundo contemporáneo. Reiterarlo resueltamente reviste hoy particular actualidad e importancia. ■

que está subiendo las suyas, perdemos terreno", dijo a ERCILLA un miembro de la Alianza. Que ésa sea la razón, no hay certeza, pero que la propuesta hecha por Valdés no iba a ser la más conveniente, se empezó a saber a mediados de la semana pasada. Y surgió entonces la idea de que no hubiera tal proposición, sino que se guardara un silencio prudente hasta ver lo que pensaban las corrientes políticas no integradas a la Alianza.

Otros, en cambio, sostienen que habría sido mejor buscar el acuerdo de las fuerzas democráticas sobre hechos puntuales y sectoriales. Pero no prosperó esta idea y Valdés impuso su punto de vista, más acorde con su perspectiva personal que con la responsabilidad que le cabe a la Alianza en el futuro del país.

Sólo tiene un mérito la exposición de Valdés. El párrafo en el que reconoce que "sin consenso constitucional no habrá estabilidad de la futura democracia". Alude él a una posible asamblea constituyente, pero también puede valer para actuar dentro de la actual constitución con las rectificaciones que sean necesarias. Lo que está claro es que sin este consenso no hay democracia. De ahí el mérito, porque Valdés no asegura, ahora, que la Alianza sea por sí sola una alternativa de gobierno.

Por lo demás, la proposición de Valdés sólo puede calificarse como decepcionante. Proponer un plazo de 45 días para elaborar un estatuto constitucional y la vuelta a la democracia en 1985, significa carcer del realismo político necesario para desarrollar funciones de liderazgo. El mensaje de Valdés no aporta, de esta forma, nada nuevo. No contribuye a que las otras fuerzas políticas democráticas se unan a la tarea de la Alianza en pro de la democracia. Más bien, lo que ha hecho es ahondar las diferencias entre la AD y los grupos de centro-derecha, tendentes a elaborar una propuesta conjunta para la transición, sin la participación del gobierno.

Ello dio pie para la declaración oficial del ministro Jarpa, quien afirmó que el discurso de Valdés "impide cualquier posibilidad de reanudar el diálogo". La nota acusa también a Valdés de injuriar al Presidente de la República y de ponerse al margen de la constitución.

En otro plano, con su actitud, Valdés ha hecho retroceder prácticamente a cero el camino del diálogo entre las fuerzas democráticas. Y no podrá echarles la culpa a los demás sectores políticos.

Sólo cabe preguntarse si la naciente Federación Socialista Democrática y la Derecha Republicana quieren compartir junto a Valdés la responsabilidad de imposibilitar un acuerdo democrático entre los partidos políticos.

Carmen Gardeweg L. ■